

LIBROS / Críticas

Imaginación desencadenada

Por Jordi Costa

NARRATIVA. EN UN MUNDO posapocalíptico, un anciano constructor de lámparas encuentra una sirena. Tras disputar por ella con un lúbrico vecino, cuya ocupación es la de bioscultor de unicornios, el anciano desciende, de la mano de su hallazgo, a un reino submarino donde es objeto de una epifanía: "Otro mundo, otra historia, paralela a la nuestra. Otros seres con otros pensamientos. Otro modo de ver la existencia con el que, inevitablemente, el hombre no podría hacer más que luchar. Hasta el fin". El relato, titulado "El día que dije no a un imperio" y que el autor dedica a Nick Nolte, da la medida de la efervescencia imaginativa de Ángel Luis Sucasas y aporta una clave de unidad temática a este, su quinto libro, que, con llamativa capacidad de síntesis, se postula como catálogo de posibilidades. Su labor se enmarca en una modulación posmoderna de la literatura popular. Los nombres de Neil Gaiman y Clive Barker que Félix J. Palma menciona en su prólogo y la cita de Danielewski que usa el propio autor aportan buenas pistas, aunque también resucitan ecos conceptuales de Borges y Bioy. El estilo no siempre vuela parejo a la capacidad de invención, aunque el autor no se amilana a la hora de correr riesgos, proponiendo realidades tan remotas ("Más allá") que hubiesen precisado de un mayor control sobre la forma para cuajar con contundencia. Consciente de que cada una de sus historias requiere un tratamiento particular, Sucasas no siempre evita que las servidumbres del ejercicio de estilo —"El ocaso de los sueños"— comprometan la libre respiración del relato. •



La tercera cara de la luna
Ángel Luis Sucasas
Nevsky Prospect
Madrid, 2015
272 páginas. 19 euros

Ángel Luis Sucasas no siempre evita que las servidumbres del ejercicio de estilo —"El ocaso de los sueños"— comprometan la libre respiración del relato. •

Tipografía de los afectos

¿Por qué se terminan amores que parecían eternos? Gisela Leal responde con una serie de monólogos arrebatados en los que cada voz se distingue por un tipo de letra

Por Jorge F. Hernández

NARRATIVA. EL CORAZÓN ES un músculo impredecible, a pesar de que sistole y diástole marquen el ritmo infalible de los amores posibles o imposibles. De eso y más parece saber Gisela Leal (Cadereyta Jiménez, México, 1987), que había llamado la atención desde la publicación de su primera novela, *El club de los abandonados* (2012), con la que se convirtió en la autora más joven publicada por Alfaguara, y ahora renueva párrafos y públicos que los lean con *El maravilloso y trágico arte de morir de amor*, una novela de 574 páginas que se multiplica en círculos concéntricos donde la escritura juega con la tipología de los personajes como con la particular tipografía que le asigna a cada uno de ellos: hay uno que se lee en Garamond, y otra que es Footlight, los hay de Bell Gothic Light y aparecen Octavio Paz en Berkeley y Julio Cortázar en EstaSmallCaps. Se trata de un juego pocas veces aprovechado por narradores (aunque quizá se haya leído entre poetas) donde el tipo de letra (y su tamaño) marcan la digestión misma de la lectura, y por ende, el discurso que da título a la obra: la tragedia —a la vez, maravillosa e intimidante— de literalmente morir de amor.

Gisela Leal parece privilegiar los monólogos de los personajes para la construcción de sus diálogos, y así hincar la observación de sus respectivas tramas sobre la cuadrícula verbal de sus soliloquios. José Cayetano de María (en Garamond), Nicolás Santamaría Sáenz (en Arial), Valentina Jaime de Alba (en Caliban) y Balbina de Quevedo Hass (en Cambria) son lanzados desde la primera página de la novela con la fecha y hora exacta de su nacimiento, y han de ser leídos sobre la delgada línea de sus existen-



Gisela Leal, en Madrid. Foto: Alejandro Ruesga

cias palpables con avatares verificables, situaciones inverosímiles o conjeturas probables de todas las venturas y desventuras que oscilan en torno a la vibración de sus vidas.

A veces, el lector queda invitado a un coro de silencios perfectamente audibles por tratarse de líneas reconocibles en la vida de todos, y en otras, la lectura se vuelve una peregrinación hacia la profundidad desconocida de los corazones ajenos, de tan ajenos raros para la mente hundida en tedios o rutinas. Se trata

—aun hoy en el siglo XXI— del atrevimiento de Gisela Leal por poner en tinta la abierta declaración de los amores que van más allá de los límites convencionales, los afectos contrariados por los demás que no se fijan en colores de piel, diferencias de acento, distinciones de sexo o ingresos mensuales.

Aquí se lee de una mujer capaz de encandilarse con la belleza, embelesada por la belleza misma como parlamento constante de toda una vida tan sólo para averiguar como detective emocional por qué se pierden los amores que parecían infalibles y por qué no son eternos los instantes que así parecían mientras duró un beso. Guiada por un caudal de lecturas que apuntalan los motivos de su vocación, Gisela Leal evita la erudición y la pedantería y escribe con el desparpajo de saberse contadora de fábulas reales y efemérides de imaginación pura; al hacerlo, parece insinuar —sin recetarlos— ese arte efímero, fugaz y tan poco común de sentir la muerte por amor, aun sabiendo que la última página explota como el más insólito de los despertares.

Ya en cursivas o negritas, diminutas letras que parecen de las antiguas máquinas de escribir o navegables letras de una tipografía que parece llevar renglón incluido, la segunda novela de Gisela Leal parece con ello reproducir el volumen que define el término voz baja, el tono de quien habla con enojo, el momento en que una mirada se vuelve penetrante y el siglo que dura la duda de quien anhela de veras que el amor sea eterno, incondicional y tipográficamente palpable. •

El maravilloso y trágico arte de morir de amor
Gisela Leal
Alfaguara
Madrid, 2015
574 páginas
22,90 euros

Las que saben vivir en paz

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, dos mujeres realizaron un viaje irrepetible desde Suiza hasta Afganistán

Por María José Obiol

VIAJES. ¿POR QUÉ VIAJA? Le preguntó el psicoanalista a la viajera. "Ando en busca de los que aún saben vivir en paz". La conversación entre C. J. Jung y Ella Maillart (Ginebra, 1903-Chandolin, 1997), aventurera y deportista, transcurrió en Zürich en 1939, poco antes de que Maillart comenzara un periplo de seis meses en un Ford Roadster Deluxe de 18 caballos, junto a la filósofa Annemarie Schwarzenbach, que las conduciría desde Suiza a Afganistán, pasando por la cordillera Póntica, Bala Murghab, Turquestán y por fin Kabul. No era su primer viaje, y si a Jung le respondió que andaba en busca de aquellos

El camino cruel
Ella Maillart
Traducción de Francesc Payarols i Casas
Linea del Horizonte
Madrid, 2015
322 páginas. 23 euros

que viven en paz, Maillart también escribió: "Mis verdaderos propósitos, a fin de cuentas, eran adquirir el dominio de mí misma y salvar de sí misma a mi compañera". Schwarzenbach se había entregado a la morfina y su adicción la había llevado por distintas clínicas y a un viaje interior plagado de demonios. Cuando se embarcaron en la aventura, Annemarie tenía 30 años y aspecto de muchacho adolescente. Maillart escribió *El camino cruel* años después, cuando ya Annemarie había muerto a causa de un estúpido accidente de bicicleta. El libro le está dedicado (también Carson McCullers, que estaba enamorada de ella, le dedicó *Reflejos en un ojo dorado*).

El camino cruel es un libro especial, emocionante, imposible de vivir ahora: resulta impensable ese viaje de dos mujeres solas por Turquía, Persia y Afganistán, fotografiando, describiendo etapas del camino,



La escritora suiza Ella Maillart.

durmiendo a la intemperie, relacionándose con sus habitantes. Dos mujeres que dejaron atrás un mundo "que sabíamos estaba condenado". Era junio de 1939, los albores de la Segunda Guerra Mundial.

El camino cruel dice de lugares, de historias, tradiciones y de otros viajeros, como Alejandro Magno. Está la arquitectura y las comidas y la relación de amistad entre ellas y entre aquellos que se cruzaron en su camino, cónsules, comerciantes, funcio-

narios, nómadas... Annemarie será Cristina en el libro y Maillart reproducirá conversaciones, y se señalarán paisajes y países y el transporte: "Armenia es fría, monótona e inolvidable". "El camión y el asno mueren juntos en la carretera. Los he visto uno al lado del otro: el primero, sin ruedas y exhibiendo su corazón oxidado...". Ella Maillart murió en 1997 en Chandolin, la ciudad suiza a la que se trasladó en 1946. Vivió y disfrutó de manera intensa e incansable y dijo estar satisfecha de "haber abandonado, muy joven aún, la casa natal para seguir la estela del prudente Ulises". El excelente prólogo de Patricia Almarcegui define *El camino cruel* como el diálogo de Schwarzenbach y Maillart, un trayecto compartido, pero también el viaje más feliz de Maillart. Como ella misma escribió: "Cada detalle tiene la precisión, no sólo de lo que se ve por vez primera, sino de lo que no puede compararse con nada más". Hay que leerlo y sentir ese viaje. •

EL PAÍS BABELIA 22.08.15 7